

# “De las cosas del campo”, de Eduardo Mendoza Varela

Escribe: ALBERTO MORENO GOMEZ

“De las Cosas del Campo”, obra del escritor Eduardo Mendoza Varela, puede afirmarse que está elaborada con materiales propios, ajenos y distantes de los elementos que emplean los críticos inconformes de la literatura colombiana. El pontificado ejercido en esta noble actividad por algunos maestros de las letras nacionales —maestros más por la cantidad que por la calidad— no solo aparece un poco severo, sino rebosante de escepticismo, de irreverencia y de aflicción. Basta revisar el proceso cultural de los últimos veinte años para saber que el juicio de la crítica literaria no ha sido acertado, ordenado, sometido a un criterio imparcial y reflexivo que permita la valoración desapasionada de los hombres de letras, sino la querella dogmática, el impiadoso análisis de sus obras, la quisquillosa subestimación de auténticos representantes del espíritu en el ámbito de la cultura.

El caso de Eduardo Mendoza Varela parece que tampoco sea del agrado, en sentido literal, de los profesionales de esa crítica desmayada y de gusto muy dudoso. Tradicionalmente, por temperamento

y por formación mental, Mendoza Varela ha utilizado el barro, la naturaleza y las gentes de su medio para construir intelectualmente el principio de su obra, tanto en la poesía como en la prosa. Desde “La Ciudad Junto al Campo”, pasando por “Parábola de Ganimedes” y “El Mediterráneo es un Mar Joven”, hasta esta selección de notas periodísticas que integran el volumen titulado “De las Cosas del Campo”, Mendoza Varela ha mantenido la línea recta de sus apreciaciones estéticas, con seguridad en sus itinerarios, sin desviarse del derrotero inicial de sus empresas literarias.

Claro que el escritor se adapta al proceso de su raciocinio según el enfoque que le corresponda hacer. Si transita por las ciudades griegas, esculpe las impresiones que le dejan sosegadas observaciones que registra tranquilamente, como emergen espontáneamente de su apacible inteligencia. Si se trata de su paso por Europa o por el Medio Oriente, entonces estructura su propia concepción de la vida y sus quehaceres, dejando así vertida en prosa no malabarista la realidad del ambiente que vivió. Y si a

apreciaciones abstractas de los mitos de la historia se refiere, surge el concepto exclusivo de su función razonadora, que no decae en su actuación y se mantiene guardando el equilibrio propio de las inteligencias organizadas.

No es porque sea fruto del paisaje encantado que Boyacá deslumbra y atrae, en sus ciudades, pueblos y veredas. En Mendoza Varela, sus aportes intelectuales a la cultura son consecuencia de su sensibilidad, de su reconocido talento y de sistematizadas y permanentes disciplinas mentales. No sería acertado catalogarlo propiamente en los moldes del folclorismo, porque en sus obras revela dominio penetrante de los temas de la cultura universal.

En este libro de Mendoza Varela están descritas las cosas elementales que incitan su rica imaginación. Pero separándose del localismo literario y expresando las ideas en la atmósfera vital de los maestros del buen decir, podando el monte frondoso de las palabras inútiles y divorciándose radicalmente de la huera fraseología que frecuentemente deforma el resultado literario. Los temas que aparecen en "De las Cosas del Campo" son todos los que integran la vida del hombre. La sed de los ríos, la renovación de las flores, el arte primitivo que rige en regiones hermosas, las riquezas de la botánica, las operetas electorales, los motivos de la educación, el paisaje y tantas otras cuestiones que subyugan al fino catador de buenas lecturas.

Las campiñas pastoriles de Boyacá en su más apacible bonanza le inspiraron a Eduardo Mendoza Varela dulces reminiscencias de las estepas castellanas, y le han permitido escribir páginas que pare-

cen surgir de las amables colinas que circundan a Tunja. A diferencia de otros escritores, Mendoza Varela dice lo maravilloso y atractivo de la tierra colombiana, sin falsearla, separándose en parte de sus nieblas, de sus barrancales, de sus indios enfermizos y del complejo de inferioridad que suele utilizarse como motivo de inquietudes literarias.

Estudiando las costumbres, las perspectivas de las generaciones, persiste en la necesidad de crear un sentido nuevo en la expresión literaria, de la mano de Cervantes y de Antonio Machado que él revela son compañeros inseparables en sus afanes intelectuales. A pesar de ese espíritu de curiosidad que lo caracteriza, no es exactamente un costumbrista, sino el observador atento que pone en la concepción literaria acentos universales para la precisa valoración del detalle, de los hechos y episodios comunes y ordinarios de la vida y de sus proyecciones.

"De las Cosas del Campo" es en verdad la pintura objetiva del ambiente, la expresión real de las figuras humanas, el análisis específico de problemas rudimentarios, saturados de filosofía y de conceptos sociológicos que enuncia a través de sus páginas. Los críticos y comentadores de la literatura no podrán desconocer que Mendoza Varela se ha incorporado exitosamente en el escalafón de los grandes escritores, por la solidez de sus afirmaciones, por la verdad que resplandece en sus producciones y por el clásico estilo que lo informa en la plenitud de la palabra escrita. Pocos poetas como Eduardo Mendoza Varela saben facturar una prosa movida, copiosa en matices y llamada a perdurar en los anales literarios del país.